

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Sarredra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

†

EL EXCERENTISIMO E ILUSTRISIMO SEÑOR

DR. D. FRANCISCO LANDEIRA Y SEVILLA,
Obispo de esta Diócesis, Caballero gran Cruz de la orden americana de Isabel la Católica y de la de Beneficencia de primera clase, antiguo Senador del Reino etc. etc.

Falleció en la ciudad de Lerca el día 25 de Setiembre de 1876:

R. I. P.

El sábado 14 del corriente mes y año á las nueve y media de la mañana se celebrarán en la Iglesia Parroquial de esta ciudad solennnes honras en sufragio de su alma.

El Cura de esta Parroquia y demás clero de ella tienen el honor de ponerlo en conocimiento de los feligreses de la misma por si tuvieran voluntad de asistir.

Jueves 12 de Octubre:

El Eco de Cartagena.

El porvenir de Cartagena.

V.

No me sorprende, antes bien espero que el joven Director de El Eco, mi apreciable amigo, habia de contestar á mi artículo sobre la causa consistorial, presentándome el obstáculo de la subasta de obras ya contratadas, el fracaso del Ayuntamiento en otras épocas que solicitó el palacio de la Capitanía General para Casa consistorial y cosas por el estilo. A todo esto le respondí, parodiando á un ministro célebre, bien y que? que es muy difícil obtener ese palacio? Mejor, así será mayor la gloria que resulte de consagrarlo; pero casi imposible, como dice el Director de El Eco? No me confieso.

Ya que mi amigo ha escrito tan fácilmente una palabra que yo tiemblo de escribir, voy á referirle lo que han dicho acerca de ella varios hombres célebres. El matemático A Lambert;—«la palabra imposible de-

bia borrarse del Diccionario.»—El astrónomo Arago;—«todo el que fuera de las matemáticas puras, pronuncia la palabra imposible, dice un absurdo.»—Napoleon I;—«¿Es posible? esta hecho: ¿es imposible? se hará.»—Estos hombres que no admitían el imposible, ¿como hablan de admitir el casi imposible del Director de El Eco?

Como prueba de lo que puede una voluntad tenaz é inquebrantable presentaré algunos rasgos históricos. El canónigo aragonés Pignatelli, Director de las obras del Canal Imperial en tiempo de Carlos III y Carlos IV, estaba construyendo la gran presa de donde habian de tomar las aguas del caudaloso Ebro.—«Señor, le decía un sobrestante, el rio ha destruido en una crecida todas las obras que hemos hecho.»—Adelante, contestaba el imperturbable canónigo.—«Señor, decía otro, el rio ha arrebatado en su corriente á cuatro presidiarios, estos eran destinados á las obras mas expuestas.»—Adelante.—«Señor, no encontramos trabajadores.»—Llevad á todos los que encontréis, quieran ó no quieran, y el que no quiera trabajar que pague.—«Señor que el caballero tal no quiera pagar ni trabajar.»—Atado

todo con todo, llevado á la presa y obligarle á trabajar sin misericordia.—Uno solo fué tratado de este modo; despues nadie se negó. Todo esto es terrible, pero se vencieron los obstáculos, gracias á este carácter de hierro, y el canal imperial pudo llevarse hasta mas abajo de Zaragoza, convirtiéndose con sus aguas en fértiles campiñas, tierras antes pobres y abandonadas. El canal no está concluido; mas aun así, es el primero de España y uno de los primeros de Europa.

Al estallar la revolucion de 1868 se hallaba de Gobernador civil y á la vez de Alcalde Corregidor de Zaragoza D. Antonio Candalija, hoy Gobernador de Málaga. Autoridad enérgica y celosa, consagró todos sus esfuerzos á introducir mejoras importantes en mi ciudad natal. Entre otras, rebajó y adoquinó muchas calles; levantó una estatua de bronce al canónigo Pignatelli; abrió una esposicion agrícola; construyó para ella un elegante edificio en el sitio mas hermoso de la ciudad; y abrió una calle desde la magnífica del Coso hasta el templo del Pilar, frente á su cúpula principal, á cuya calle se le ha puesto el nombre de Alonso I El Batallador, que fué el que reconquistó á Zaragoza de los moros. Para la apertura de la nueva calle, hoy una de las mas hermosas, faltaba dinero, escaseaban los trabajadores, los propietarios resistian la espropiacion. El Sr. Candalija encontró dinero y trabajadores, pagando los jornales á 10 reales diarios, y venció las resistencias de algunos propietarios, llamándolos una, dos y tres veces á su despacho. Mi hermano me contaba que el derribo de las casas se verificó durante el invierno, y que hacia un frio espantoso: apesar de esto y de las ocupaciones incesantes que rodeaban al Sr. Candalija, como Gobernador y Alcalde Corregidor, iba mañana y tarde á presenciar las obras del derribo. En cuanto los trabajadores le veian decianse unos á otros—«per allí viene Candalija.»—entonces se alentaban con sus alientos sus caladas manos, empuñaban los

picos y azadones, y trabajaban como desesperados.

Los zaragozanos consagrarán siempre un reconocimiento profundo é inestinguible á Pignatelli y Candalija.

Alla vá otro rasgo histórico, y será el último. Mi padre que acompañó como voluntario á Patafor en sus salidas contra los ejércitos de Napoleon I, y y que se halló en los dos sitios inmortales de Zaragoza, de aquella ciudad siempre heróica, que cayó magestuosamente envuelta en un gran manto de escombros, de muertos y de moribundos, mi padre, repito, me contaba siendo yo niño, que luego que se rindieron á los franceses, estos inmediatamente iban diciéndoles—«Vuestro general tal ha sido deshecho.»—No importa, exclamaban los zaragozanos.—Vuestro general cual ha sido espantosamente derrotado.»—No importa, repetian.—«Vuestros generales Cabaños y Reding, los vencedores de Bailen han perdido sus ejércitos y el segundo hasta la vida.»—No importa, volvían á repetir, y esta era la contestacion de los españoles todos de la guerra de la independencia.

Refiérese que hablando un día Napoleon I con sus grandes manuales sobre la portada resistencia que los españoles oponian á los ejércitos franceses, el gran Emperador les dijo,—«los españoles tienen un gran general, un general mejor que todos nosotros, á quien no podremos vencer.»—Los mariscales se miraron unos á otros con asombro.—«Señor, dijo uno de ellos, nosotros hemos derrotado siempre á todos los generales españoles, hemos destrozado todos sus ejércitos y no nos hemos encontrado ningun gran capitán.»—«¿Quien es ese invencible general?»—«El general no importa, contestó Napoleon, que acabará con todos nosotros.»

Algo de este temple de alma tiene el diputado á quien he aludido. Hace pocos dias le esponia yo mis temores de que las conferencias agrícolas no dieran todos los resultados que serian de desear.—Tengamos perseverancia, me contestó: ¿no se-